


ARTE

Revista Literaria y Social

Aparece el 1.º y 15 de cada mes



SUMARIO

José Enrique Rodó, *Fragmento*.—Julio Herrera y Reissig, *Las Plagas*.—José María Muñoz, *Mater*.—Alberto Lasplacas, *Nuevos motivos*.—Bellezas uruguayas, María Sienra.—Dardo Estrada, *Del vivir...*—José Pedro Segundo, *Triptico de la gracia*.—Silvano, *Notas de arte*.—Gil Blás, *No temas*.—*De antaño*.—*Vista de Venecia*.—Fernando Silva Valdés, *Flor de ceibo*.—Enrique Casaravilla, *De «Por la soledad de la morada»*.—Daniel Herrera y Thode, *Origenes*.—Ricardo Pollo y Darraque, *Fragmentos de un Canto*.—Juan Jacinto Muñoz, *La verdadera filosofía*.—Teatros.—Edgar Poe, *Eleonora*.—Alberto Stell, *Del Buxón*.—*Notas de la Redacción*.

DIRECTOR:

DANIEL HERRERA Y THODE

ADMINISTRADOR:

ROGELIO COSSIO

REDACTOR:

JOSÉ B. IGLESIAS CASTELLANOS

Redacción y Administración: Calle Colón 144

ARTE

REVISTA LITERARIA Y SOCIAL

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

Administrador:
Rogelio Cossio

Director: DANIEL HERRERA Y THODE

Redactor:
José B. Iglesias Castellanos

Fragmento.

(Para ARTE)

.....

Grande instrumento de reforma interior es el libro; pero no principalmente por su eficacia intelectual y el poder de convicción que atesore, sino por su intensidad en el sentimiento y en la imagen; no principalmente por lo que argumenta sino por lo que conmueve; no principalmente por su luz, sino por su calor y su vida, y por lo que hay en él de voluntad subyugante y de la hechicería del corazón; no principalmente por la fuerza propia de la idea, sino por la virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y se provoca el movimiento.

Acaso nunca hubo libro de abstracto y frío filósofo, que, sin interposición de otros libros, hiciera modificarse un alma humana; pero la doctrina se convierte en fervor y redención, ó en vértigo y locura, cuando el artista la suelta á los vientos de la vida; y artista llamo aquí á todo el que, con sus escritos, su prédica ó su ejemplo, viste de hermosura y claridad una idea.

Una doctrina nueva es como el verbo de un Dios, que, para revelarnos su ley, precisa tomar cuerpo en carne humana, y andar, vivo y tangible, entre nosotros, y hablarnos con parábolas, y hacernos llorar con su pasión. Esto es el libro del artista, cuando junta un designio ideal á su belleza: la vida y la pasión de una idea encarnada para revelársenos.

No hay concepto intelectual que, por sí solo, nos mueva á la práctica y la acción, ni que, sin el auxilio de la imagen, nos enamore. Cuando el místico siente necesidad de defender la idea de lo infinito y eterno, objeto de su amor, de la competencia de los bienes terrenos, reales y sensibles, ha menester prestar á aquel supremo, indeterminado bien, una forma imaginaria, un divino cuerpo, que humille y oscurezca la belleza de las cosas del mundo. Tal es la visión del extático; y el arte la reproduce, para cada idea, en cada uno de nosotros, encendiéndonos en la fe y el amor de un pensamiento que arranca de la obscuridad de la abstracción y levanta sobre el altar donde se le ofrenda la oración y el sacrificio.

José Enrique Rodó.

‘Las Plagas’

Para «Arte».

«Era su mano una senten-
cia. Y me arrastré como un
gusano»... — *Job.*

— ¡Aguza la vista, imbécil: Brilla el crimen en las dagas,
frente á tí;

Las emboscadas se erizan en el bosque. Dos chacales,
gruñen fieramente el rastro de tu inconciencia febril!

— No puedo, nó

Ya la noche de tus ojos ha caído sobre mí!

.....

— ¡Un paso más y amaneces, necio pingajo de arcilla!

La cumbre canta tu gloria como un blanco monezin.

No alientes, cierra los párpados! Bajo tus pies, el abismo
polariza su mirada criminosa de Caín.

— No puedo, nó.

El vértigo de tus ojos ha caído sobre mí!

.....

— ¡Iluso, el polo te arroba. Sobre la blanca gangrena,

clave tu paso la enseña del atavismo viril!

Gloria á tu nombre! Adelante, cretino, con tu osamenta!

La aurora boreal corona tus audacias de reptil.

— No puedo, nó.

El invierno de tus ojos ha caído sobre mí!

.....

— ¡Vuelve hacia atrás, miserable! Saluda al simún, no tiembles!

Toma rumbo á la cisterna y al datilero gentil.

Oh estulto! La Esfinge ahulla de muerte á tu caravana!

Viene un sequito verdugo de cuervos para el festín...

— No puedo, nó.

La perdición de tus ojos ha caído sobre mí!

.....

— ¡Boga con genio, insensato! La epilepsia constrictora
del océano te escupe. Puja con rabia, infeliz!

La jauria de las olas grita el drama de tu sangre

y en las fauces de algún monstruo irás pronto á sucumbir !

— No puedo, nó.

La tempestad de tus ojos ha caído sobre mí !

.....

.....

— ¡ Canceroso de soberbia, mordido por la neurósis :

Erige al Cielo tus náuseas. Rinde la torva cerviz !

¡ Primaveraza, cadáver amable de ilustre crápula !

Dios te concede un minuto cordial para ser feliz.

— No puedo, nó.

La maldición de tus ojos ha caído sobre mí !

.....

.....

— ¡ Condenado espeluznante, donde vas y donde pisas

La alegría tiene fin :

perro esclavo de tí mismo, réprobo infame, libértate

de tu infección luminosa, gusta la paz, Angel ruin !

— No puedo, nó.

El infierno de tus ojos ha caído sobre mí !

.....

.....

— ¡ Cuanto sufres, dios leproso del corazón ; es horrenda
la vigilia suicidante de tus llagas, alma vil !

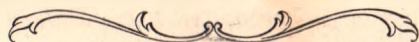
¡ Depón tu vida, cobarde ; besa el asco de la muerte :

Entra en mi tumba de olvido y dejarás de existir !

— No puedo, no.

La eternidad de tus ojos ha caído sobre mí !

Julio Herrera y Reissig.



Mater

(Leyenda hebraica)

I

Jesús estaba entre los hombres.

Treinta años atrás había sonreído en el mísero pesebre de Bet-
lem.

Y terminado su largo retiro de Nazareth, difundía ya por el mundo
la semil'a de Verdad.

Muchos corazones le ofrecían terreno fecundo, y creían en Él.

Mas para otros la semilla era estéril.

Porque no concebían la humildad en el Deseado de las naciones, en el Príncipe de la Paz.

Y Jesús era humilde.

II

En un caserío de los confines de la Judea, habitaba una viuda llamada Ephrama.

Todo el orgullo de la raza parecía concentrarse en ¡el mirar hondo de sus grandes ojos negros, accesibles solamente á la influencia de dos subyugantes impresiones:

La adoración de Jehová, el dios de Abraham.

Y el cariño de Eliel, su hijo único, un pequeñuelo de ocho años, á quien educaba en el respeto de la Ley Divina, el conocimiento de los Proverbios de Salomón, y el ardiente anhelo de la venida del Mesías, soberbio y grandioso, tal como ella lo había soñado, tal como ella los describía ante los azorados ojos del niño.

«Será resplandeciente como Moisés al descender del Sinaí con las Tablas de la Ley.»

«Y su túnica de riquísima tela estará perfumada con cypro y con myrrha.»

«En ella lucirán mil piedras preciosas.»

«Aroma suave exhalarán sus cabellos ungidos con nardo.»

«De su cuello penderá un cuerno pulido, símbolo de la fortaleza.»

«Y habitará palacios más suntuosos que todas las grandezas de Salomón.»

«Y sus esclavos serán reyes y faraones de la tierra.»

III

La semilla de Verdad que Jesús esparcía por do quiera, no fecundaba en el corazón de Ephrama.

Porque ella había oído hablar de ese nazareno que iba vagando por toda Palestina, sin más séquito que un grupo de pobres pescadores.

Y supo que no era resplandeciente, ni estaba perfumado con bálsamos aromáticos.

Y que no lucía en su túnica piedras preciosas, ni habitaba palacios. No podía ser así.

La hebrea persistía en su ideal, todo luz, todo magnificencia, todo esplendor, al que esperaba contemplar algún día, surgiendo entre los rosados reflejos de la aurora.

Y con Eliel, asistía diariamente desde la puerta de su vivienda al nacimiento del sol.

É inefables aspiraciones iluminaban las líneas enérgicas de su faz.
Mas la esperanza se despedía siempre hasta el próximo amanecer.
Entonces, el rostro de Ephrama recobraba su habitual dureza.
Y cuando, vuelta á la realidad, echaba una mirada sobre el hijo amado, sus ojos se nublaban con lágrimas de supremo dolor.
Y rasgaba sus vestiduras.
É inclinándose al suelo, cogía un puñado de polvo y lo esparcía sobre su cabeza.

IV

Porque Eliel era deforme hasta el ridículo.
Un físico débil, enfermizo, había desviado la línea de su espina dorsal, encorvándola en mitad de la espalda.
Y sus piernas arqueadas le obligaban á caminar con exagerado vaivén.
Entre las gentes de aquel caserío de los confines de la Judea, el raquítico era objeto de ultrajes, burlas y desprecios sin cuento, que humillaban el orgullo de la hebrea y martirizaban el amor de la madre.
Los niños hallaban diversión en palmear su joroba puntiaguda.
Y aumentaban con bruscos empellones el balanceo de su andar.
Los hombres y las mujeres le dirigían miradas ásperas y depreciativas.
Porque suponían que el Señor había castigado en su deformidad pecados graves de sus ascendientes.

V

Una tarde serena del mes de Sivan, Eliel se entretenía en arrojar las piedras de su honda hácia el árbol más cercano á la casa, en el que unos cuantos cuclillos brincaban inquietos de rama en rama.
Mas de improviso el niño interrumpió su juego.
Había percibido á la distancia un grupo de hombres sentados á la sombra de la corpulenta higuera que dominaba la colina.
Y observó que acudían las gentes de los contornos: hombres, mujeres y niños.
Eliel temía las burlas de los muchachos y el desprecio de los grandes.
Pero en aquel momento una invencible curiosidad lo impulsaba hacia allí.
Quería ver de cerca á ese extraño grupo que en la colina siempre solitaria, atraía á los hombres, á las mujeres y á los niños.
Y la curiosidad venció al temor.
Eliel empezó á avanzar, escurriéndose entre los árboles, con su ridículo vaivén, fijos en la colina los ojos recelosos.
Y la sombra rara de su pequeña figura monstruosa, proyectada en el suelo por el sol ya declinante, adquiría irregularidades singulares, semejante á una rama de cedro del Líbano.

VI

Ephrama notó la ausencia de Eliel.

Porque en torno á la casa reinaba profundo silencio.

Y la viuda estaba habituada á oír á cada instante la voz aguda del niño, que imitaba á los pájaros para atraerlos, ó se quebraba en gritos de contento cuando alguno caía víctima de su honda.

Ephrama salió presurosa fuera de la casa, hundiendo su mirada en el espacio, á un lado y otro.

Y al distinguir el grupo de la colina, sintió que la angustia paralizaba su corazón.

Y una nube negra cruzó por su mente.

Pensó que Eliel estaría en medio de la turba, sufriendo las viles agresiones de los muchachos y la fría repulsión de los grandes.

Y echó á correr.

Ya no era la hebrea de mirar altivo.

Era la madre, la madre de todos los tiempos!

Pálida, jadeante, se detuvo á medio estadio de la colina.

Porque no tenía valor para presenciar la realidad de su presentimiento.

Cayó postrada en tierra.

Y del fondo de su alma, partió esta corta plegaria:

« Oh eterno Adonai! Que tu poder haga salvo á mi Eliel, que te adora como yo te adoro ».

« Devuélvelo á mis brazos, porque fuera de Tí, él es mi único amor! »

« Y el día sábado, yo Ephrama, viuda de tu siervo Rubén, depondré mi ofrenda en la Corbana de la Sinagoga. »

« ¡Sálvalo, Oh Dios de Abraham, sálvalo! »

Y repitiendo estas últimas palabras, como si en ellas apoyara su flaqueza, se incorporó la hebrea.

Suspiró hondamente, y avanzó.

VII

El grupo de la colina se hacía cada vez más compacto.

En vano algunos hombres se esforzaban para contener el gentío que pretendía acercarse á la higuera.

Muchos clamaban:

« Queremos postrarnos á los pies de Jesús, hijo de David! »

Las madres decían:

« Queremos que la mano del Deseado bendiga á nuestros hijos! »

Y señalaban á un hombre que estaba en el centro del grupo, sentado junto al tronco de la higuera.

VIII

Ephrama llegó al fin.

Y dió gracias á Jehová.

Porque su presentimiento no era realidad.

Y tranquilizada completamente por la suerte de su Eliel, púsose á observar á ese nazareno que por vez primera tenía ante los ojos.

Era noble y hermoso entre todos los hombres, con su mirada color do cielo, y su cabellera y su barba rubias como el oro del templo de Salomón.

Y Ephrama vió que el nazareno sonreía tiernamente.

Y que abría sus brazos, como si quisiera alcanzar á todos.

Y oyó su voz suave que decía :

« Dejad que vengan á Mí los niños, y no se lo vedeis, porque de ellos es el Reino de los Cielos ! »

Entonces se apartaron los discípulos del nazareno, que habían contenido el avance, creyendo que aquellas gentes importunarian al Maestro.

Y los niños corrieron al pié de la higuera.

Y también algunas mujeres, llevando al brazo á los más pequeños que no sabían caminar.

Jesús paseó su mirada en derredor con amor infinito.

Y su mano se apoyó en la cabeza enmarañada de uno de los niños, que era deforme hasta el ridículo, con sus piernas arqueadas y su espina dorsal vencida hácia afuera.

Ephrama se deleito en un gozo supremo, más intenso que la suma de todos sus pasados dolores.

Y avanzó entre las mujeres, los hombres y los niños, hasta llegar junto á su Eliel amado.

Y besó los piés del hombre que prodigaba tiernas caricias al pequeño deforme. el escarnio de todos los habitantes de aquel caserío de los confines de la Judea.

IX

La hebrea alzó la frente.

Miró á Jesús con expresión indefinible.

Y sus ojos, aquellos ojos de mirar altivo, que esperaban al Mesías resplandeciente como Moisés al descender del Sinai, comprendieron y adoraron al Mesías de humildad que sonrió al mundo en el mísero pesebre de Bethlem.

Enero de 1901.

José María Muñoz.

Nuevos motivos

(Para ARTE).

Nuevo amor

¡Oh mi alegre y amante compañera!,
 Viniste al fin con tu divino encanto
 lleno de juventud y primavera,
 á realizar mi pálida quimera
 desesperada de aguardar ya tanto!

Y viniste á officiar en mis altares
 emperatriz de las sacerdotisas,
 desgranando tus mágicos collares,
 con sus cuentas de júbilos, cantares,
 ardientes besos y alocadas risas.

Por ti tan solo los amores viejos
 como tristes y fúnebres cortejos
 olvidados serán entre mi historia;
 solo espero de ti, princesa mía,
 que por siempre en mi vida suene á gloria
 la campana triunfal de tu alegría!

La Resurrección

Ríe con tus dos labios perfumados
 enloquecidos de pasión y anhelos;
 ríe con tus dos ojos azulados,
 que á tu risa los pájaros amados
 ríen bajo la risa de los cielos.

Triunfa en mí tu encanto irresistible
 porque me sugestionas y me embriagas
 con tu sonora risa indefinible,
 ¡que ella sola es bálsamo infalible
 para el hondo martirio de mis llagas!

Era el ayer oscuro y dolorido,
 cuando alegres llegaron á mi oído
 los ecos de tus risas musicales,
 y al inundarse en luz y resplandores,
 resucitó el jardín de mis amores
 florecido de tiernos madrigales!

Alberto Lasplaces.



Hebreo. He aquí su tipo. Sublime, he aquí una expresión inacabada de su beldad. ¿Expresarla? Imposible. ¿Dónde la palabra?

Nada más elocuente que el silencio, ha dicho Carlyle. Te admiro filósofo. Enmudecido ante este retrato, tantas cosas grandes ha dicho ese mutismo, que las palabras son pobres para nombrarlas.

Las mujeres bellas, como los paisajes imponentes, hacen enmudecer.

Las dos obras más hermosas de Dios: los astros en el cielo, y los ojos que son astros en el Universo infinito del Amor.

De ambas es más perfecta la mujer y María Sienra es la más perfecta de las mujeres.

Se diría, que Dios, desde Eva á nuestras épocas, creó á las demás ensayándola....

Y que luego, obra de incontables siglos, reunió en su persona todas las beldades físicas y morales, en un conjunto armonioso.

Recuerdo, ah! jamás podré olvidar, la encantadora gitana, que en una Noche de Carnaval, vi entrar al baile de los Pocitos. Sus ojos á través del antifaz contaban la buena ventura.



María Sienra.

Del vivir...

Aún no había cesado el monótono campaneó en la Iglesia de los Desamparados, congregando los fieles á la Oración de la tarde, cuando ya las callejuelas adyacentes se veían invadidas por los devotos que acudían á aquel llamado de todos los días, invariable desde remota posteridad.

Jóvenes, ancianos, mendicantes y lisiados, arrastrándose los unos, deslizando los menudos piesecitos las doncellas, encorvados y tristes los ancianos, todos iban entrando al templo.

Algunas viejas beatas del barrio, alhajadas de negro, deteníanse juntándose en parejas, llamándose con miradas insinuantes, y juntas, murmuraban cuentos de la vecindad.

De todos los días era el llegar de un pobre incapaz, astroso y macilento, coreado por bandada de chicuelos que, en tanto uno le grita algo soez, otro, de ruín catadura, haciéndole una zancadilla por detrás, dá con él en tierra, ó le bambolea, haciendo la diversión y el gozo de las gentes; que, desde los portales vecinos, le ven levantarse tembloroso, huir hacia la Iglesia, el andar torpe, volviéndose y gesticulando desdichadamente, una mano caída hacia lo largo del cuerpo, la otra en alto, moviéndose amenazante.

— ¡Anda hermano mío! Si parece que huyes? Le dice á su paso una vieja mendiga de endurecido corazón en el ruín suplicar.

Sola, en un rincón del atrio, no ríe y guarda una actitud indiferente, una mujer, joven aún, haraposa y mugrienta; tiene un pequeño en los brazos, que se prende del pecho angustiosamente, con hambre afanosa y voraz, y gime débilmente.

Su semblante doloroso no expresa sufrimiento, antes agobio de ánimo, indiferencia á la que el dolor no causa pena.

Mira vanamente pasar los transeuntes sin tender la mano implorante; les mira, les mira, sin articular una sola voz, con sus ojos secos, acaso cansados de llorar, y cuando han pasado, cesa el mirar indiferente y queda siempre inmóvil, siempre en espera...

Los días y los días transcurrían siempre de igual manera.

Una vez, pasaron varios mozos del lugar, riendo y hablando, murmurando á los oídos de las mozas dichos dulces y tiernos, haciéndoles apresurar el paso,—algunas de ellas volvían apenas las cabezas blondas...

Frente al atrio, uno paróse y dijo:

— Mira Mercedes! No recuerdas? La hija de Bautista: la que hablaba con Toñito?

Otro del grupo, que era recién llegado al lugar, después de una larga ausencia, recordó:

— Sí, Mercedes, — de allá abajo, la más hermosa y de más ley de este pueblo! es esa....

— Pues sí, mírala, es esa; ahora verás tú! Y acercándose á la mujer del atrio, entre bromas y veras dijo:

— Vamos Mercedes?... Y ella levantóse perezosamente, sin odio ni amor, dando el pecho al chicuelo que siempre gemía.

— No me recuerdas?

— Si Señorito, en cuanto llegó le conocí.

— Ya lo ve. Y quiso sonreír, y era su faz una mueca cómicamente dolorosa.

Andados unos pasos, los mozos apartáronse riendo; uno de ellos decía: Anda hombre, si tienes interés con dos *perras*.... y fuéronse entonando cantares. Él siguióles.

Volvió ella al rincón del atrio, siempre indiferente, con su semblante doloroso, mirándolos alejarse, sin odio ni pena, cansada de sufrir. Y allí quedó, meciendo al chico que tenía en los brazos, acaso pensando en su pobre carne en las vigiliass torturada, en su pobre alma que en la lucha ruda dejó perdida la ilusión del vivir.

Hacíase noche; las calles iban quedando desiertas. Soplaba el viento de las Sierras que empezó calmoso en un principio, y después, poco á poco, se fué acentuando, y siendo ya noche tornóse furioso, y en largos lamentos, pasaba silbando....

Dardo Estrada.

Triptico de la gracia

A Eduardo Ferreira. Homenaje de estimación intelectual y personal.

I

Las manos

¡ Manos ! ¡ Lazos de amor ! Noches y aurora,
 Pues dan la muerte como dan la vida...
 Sombra de muerte... mano bendecida!
 Signo de vida... mano malhechora!

Manos que junta el alma cuando implora;
 Que el dolor y el placer crisan... Temida
 Mano! Piedad de Antígona afligida,
 Maldad de Clitemmestra asoladora:

Manos que escriben del amor los nombres,
 Que inducen á la gloria ó al pecado
 Y tuercen el destino de los hombres;

A las veces se agitan iracundas ;
 Manos que enjugan el sudor helado
 De las nubladas frentes moribundas !

II

Los hombros

Hombros que dan una embriaguez de vinos
 Y rosas capitosas... ; Soberanos
 Mármoles de los cuerpos femeninos !
 No fueron alas para ser humanos

En ellos puede leerse los destinos
 Lo mismo que en los astros y las manos ;
 Juegan con los poderes sobrehumanos
 Y alumbran ó ensombrecen los caminos !

Han cargado las cruces del Calvario ;
 Se abren en par, iguales á un breviario
 Que perdiera á quien osa conocerlos ;

Hombros que hacen ignaros á los sabios,
 Y que, como las nuca y los labios,
 Provocan el deseo de morderlos !

III

Azul...

Ojos celestes, de éter inaudito,
 Iluminados á la par del cielo,
 ; Constelación suprema de consuelo
 Que alumbrá al hombre, del Edén proscrito !

Ojos que son todo el amor y el rito ;
 Ojos que tienen la ascensión del vuelo
 Y la diafanidad de nuestro anhelo...
 De azul, serenidades é infinito !

Ojos misterio de la sangre que arde
 Y los iris azula... ; Sacra aurora
 En que se trueca sin cesar la tarde !

Ojos claros de buenos, con la arcana
 Aspiración del ánimo que implora :
 Quietud, eternidad, no ser, nirvana !

José Pedro Segundo.

Notas de arte

Carlos María Herrera nuestro conocido artista trabaja actualmente en Melo en la composición de un cuadro histórico.

Esta faz del arte que desgraciadamente las nuevas rosas revolucionarias dejaron de lado, renace ahora en el espíritu de Carlos M. Herrera; las sugerencias de nuestra independencia han hallado eco sonoro en el espíritu del artista para quien comenzará una nueva era.

Noble ocupación, la de aquel que resucitando del polvo de las cosas muertas, las escenas de antaño, nos haga sentir con todo su color, el vistoso ambiente en que se vivieron nuestros abuelos; el gaucho centauro que señoréa las colinas inmóviles, el campamento á la luz de la luna; mil escenas variadas y hermosas, de aquella edad sana y primitiva que sabrá hacernos sentir con el vigor de sus pinceles que derraman luces y sombras transparentes.

Vaya nuestro caluroso aplauso al amigo artista.

Poco se ha hablado, con poca falta de justicia por cierto, de la decoración de nuestro teatro Solís recientemente concluido por P. Colliadino y Carlos María Herrera.

Para hablar de ella, sería necesario más espacio y tiempo del que disponemos. Nos limitaremos á hacer notar las condiciones sobresalientes de la obra.

Basta entrar en la sala de nuestro aristocrático teatro, para sentir la extraña armonía de color con que ha sido ejecutado, el buen gusto irreprochable que se nota en la ornamentación del plafón, de una simplicidad y reposo admirables; las caretas griegas se destacan severas sobre sus fondos metálicos, siendo éste y el marfil los tonos dominantes.

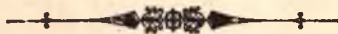
Sobre el telón de boca un paneau decorativo de diez metros firmado por Carlos M. Herrera estiende su conjunto de colores cálidos y ténues: En él Apolo lleva los brazos en que descansa la lira, esbelto y desnudo, á su lado Pegaso entreabre las amplias alas inmaculadas sobre las cuales se destaca el cuerpo de Dios, á cuyos piés Cupido dispara una saeta á la aérea caravana que avanza por el fondo envuelta en un nube semi-confusa. Esta parte del cuadro respira una dorada serenidad en tanto que en el ángulo de la derecha un grupo de Sali ninfas y Sátiros danzantes soplan cuernos y gesticulan alrededor de una hoguera cuyo fulgor acusa las narices tajantes de los sátiros y las curvas de las ninfas.

¡Admirable contraste el de este grupo lleno de luces agrias junto á la inmovilidad helénica de Apolo!

Se exponen esta semana en el salón de Catelli varias telas de Domingo Bazzurro uno de nuestros más sólidos principiantes.

Le llamo principiante en honor á la costumbre pues Bazzurro sobre todo con esta su última exposición ha dado un paso que le coloca en un nivel más superior; la construcción de las figuras es sobria y elegante, sobre todo en el retrato de Edmundo Bianchi de colores suaves y modelado á plena conciencia; en los paisajes se nos revela un temperamento profundamente delicado y sentimental capaz de sentir la incandescencia del Sol, la frescura de una colina riente ó la melancolía de un horizonte cargado de brumas en que se esfuman las siluetas de las cosas. Indudablemente se notan en el conjunto extrañas influencias que desaparecerán con el tiempo dejando paso á la propia personalidad que es la que, con su modalidad propia, se impone en las arenas de la lucha, por la palma verde de la fama.

Silvano.



No temas

Deja que unidas nuestras vidas marchen
A su patria común, á su Eldorado;
Allí donde los éxtasis supremos
Sepultan las visiones del Pasado.

Tú temes al recuerdo, y yo, lo juro
Que no marcan sus huellas mi camino;
El ayer se ha disuelto en lo insondable:
¡Era harto más risueño mi destino!

Tú temes á un fantasma inconsistente
Que en el manto del sol halló el sudario;
Deja que duerma en el olvido eterno,
Lázaro no es, para dejar su osario!

¡Ven! mira al Porvenir que nos alumbrá,
El sólo es nuestro amigo, hacia él volemos:
¡Que arrojando el ropaje del Pasado
La cumbre suspirada alcanzaremos!

Y he de mostrarte en la soberbia altura
Como mi ensueño en realidad convierto,
Y allí verás como florecen todas
Las plantas inmarchitas de mi huerto,

Y allí con rosas ceñiré tu frente
Donde la duda se aposenta ahora,
Para que pueda sin temor, radiante
Volverse, cual la mía, hacia la aurora.

Gil Blas.

Agosto 5 de 1909.

De antaño

En amplia y severa cama de caoba, entre sábanas de fina batista con encajes, en un cuarto de ambiente tibio con inmensos armarios negros de lípidos espejos, un lavatorio de roble y mármol blanco, sobre él, un juego completo de plata vieja. En un rincón una estufa ardiendo, en las paredes retratos familiares y religiosos; en fin, en un cuarto donde al entrar, se nota de inmediato, todo el *savoir faire* que su dueña ha sabido darle, nos recibió abuelita, bastante restablecida ya de sus dolencias.

Corriendo las cortinas, nos estiró su mano, que hasta en la vejez, ha sabido conservar un sello aristocrático, esa aristocracia única de las manos, manos que por si solas, hablan de toda la distinción de su dueña

— El interés que me tomo por la sección Antaño, me disculpa el recibirlos en esta forma... nos dijo.

— Esa interesante sección que se debe á Vd. señora, respondimos.

— ¿ Á mí ? Que galantes son Vdes., á mis épocas querrán decir....

— Pero con sus datos....

— Cualquiera en mi caso, mejor dicho mi edad podía hacerlo; no es mérito....

Callamos un instante.

En tanto, la anciana, levantando el almohadón de plumas que abrigaba sus piés, quitó un pequeño cofre de plata con tapas de cristal.

— Aquí está la novedad prometida, aquí tienen Vds. toda mi época.

Y abriendo el relicario tomó cuidadosamente un gran cuaderno de tapas amarillentas y añadió :

— Es el diario de toda mi juventud y mi juventud simboliza 15 años de vida social. Fuí la reina de aquellos salones, de aquellas fiestas, y aquí están las memorias de aquel reinado. Las cuido como á un hijo, las mimo como á mis nietos. Las escribía diariamente al acostarme; en estas páginas les doy mis impresiones ingenuas de cuando niña. Cuantas veces, después de regresar de un baile, me sorprendió la aurora con la cabeza reclinada sobre mi diario.

En la vejez agregué algunos apuntes. En ese destierro que nos imponen los años, en esta retirada de la vejez, ese aislamiento que sucede al bullicio de la juventud. En mi *Santa Elena*, como quien dice, pero en una Santa Elena sin ingleses vengativos, por el contrario, rodeada de nietos cariñosos.... Hoy puedo garantizarles, ahora que conozco los dos reinados, que el imperio de un lugar armonioso es más bello que un sul-

tanato en sociedad. Halaga más en la vejez besos sinceros de nietos, que en la juventud falsas galanterías de admiradores....

En fin, voy explayándome por demás.... y esto poco puede interesarles á Vds.

Conversamos largo rato, con la anciana sobre diversos temas, y ya de noche abandonamos la casa solariega.

En el próximo número comenzaremos á publicar el interesante diario de abuelita.

Vista de Venecia



A la gentileza de un distinguido amigo, de viaje actualmente por Europa, debemos la publicación de esta hermosa vista, la primera de las muchas que nos ha prometido enviar.

Así mismo esperamos, interesantes crónicas sobre los países que visita, que fuera de duda, serán leídas con gusto, teniendo en cuenta el talento de nuestro amigo.

Flor de ceibo

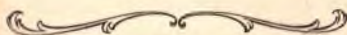
Para B. Castro Caravia.

Flor de ceibo que se entume
Cuando la mece la brisa,
Flor de ceibo que electriza
Bajo el sol que la consume;
Flor de ceibo que resume
En sí, la agreste belleza,
Eres tú la que embeleza,
La que me encanta y me agita,
Cuando tu carmín palpita
Sobre lecho de maleza.

Tu engalanaste mí cuna
Flor de ceibo, yo te quiero,
Yo te admiro y te venero
Bajo la faz de la luna.
En la dormida laguna
Que te baña sin recelo,
Cuando tus hojas al suelo
Las baja el soplo tirano,
Para cubrirte mi mano,
Girones hiciera al cielo.

Flor que recoge lozana
Los matices de la aurora,
Y el horizonte colora
Con purpuréos de grana.
De mi altiva castellana
En el pecho, yo te admiro,
Tu fragancia en él aspiro
Dejando con embelezo,
En cada beso, un suspiro,
Y en cada suspiro un beso.

Fernando Silva Valdés.



De "Por la soledad de la morada" (1)

Para «Arte».

La Capilla

La gótica capilla cuyo ámbito
Ilumina la luz crepuscular
Como una virgen es que ha consagrado,
De mano misma de la soledad.

Parece que el azul de sus vitrales,
— En mano de los ángeles — del cielo
Ha bajado; tal es su estudio místico:
¡Todo tenue y azul como un secreto!...

Al hincarse se siente que el espíritu
Se puebla de la luz de su silencio:
Un silencio absoluto como un vínculo
Que hermana el corazón con el cerebro.

La serena capilla solitaria,
En las tardes que traen la paz celeste,
Magna visión parece de un aliento
Infundido por Dios — únicamente.

¡ Oh los muros! . . .

Ya las ramas de las hiedras van cubriendo los ladrillos
— que se ven entre sus hojas — de la pared, cuyos flancos
desgastados con los soles y las lluvias — rudos besos —
Son como huesos que salen en un cuerpo descarnado.

Este muro y sus cornisas tienen una larga historia...
que solo saben los picos de las aves que moraban
en los nidos que cantando, fabricaron á su abrigo;
¡ Bien valdría que volvieran á nacer para escucharla!...

(1) «Por la soledad de la morada» consta de seis composiciones. Publicamos hoy dos de ellas: «La capilla» y «¡Oh los muros!». En los números próximos daremos á conocer las que faltan.

Es curioso, muy curioso, lo que vieron esas tapias de ladrillos sin reboque, — desnudadas por los años — se murieron ya las aves... solo quedan sus misterios, intactos bajo las hiedras cuyas hojas van trepando...

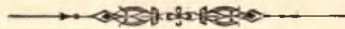
Este muro de que hablo es eterno. Vió nacer
A muchos que sendos lustros tienen ó que ya no existen:
Si... tiene arraigado mucho verdín en sus parietales
— como tapices caducos —; tiene canas tristes, tristes...

El dolor irredimible es como los ríos secos...

Mudo, mudo, largo... negro.

¡ Oh que duros son los llantos de los muros, que no corren
Por sus grietas! cuando se abren las heridas de las lágrimas.
¡ Oh los hombres lloran tanto que el dolor se va por ellas!...
¡ Es más cruenta la tristeza de las cosas que no hablan!

Enrique Casaravilla



Orígenes

II

Sentado el anciano en la barranca del arroyo hundía su mirada melancólica en la cristalina corriente.

Caía la tarde. En el bosque solo se escuchaba el aleteo de algún pájaro rezagado que retornaba á su nido. Una garza de rosado plumaje pasó al vuelo y se detuvo en una roca cercana.

Una túnica sucia y raída vestía el viejo. Las barbas níveas del anciano movíanse al impulso de la brisa y tan largas eran, que sus puntas acariciaban suavemente la superficie tranquila de la tranquila corriente.

A espaldas del viejo meditabundo, se dejó oír el ruido de las zarzas que se separaban al pasar un cuerpo.

Nada oyó el viejo; tan ensimismado estaba. La mano de un niño se posó cariñosa en su hombro.

— Padre, exclamó el niño. ¿ Porqué has huído? ¿ Acaso temiste á Diego? Le hubieras muerto; madre hizo mal en defenderle, puesto que Diego reñía contigo.

Nada respondió el anciano. Su mirada melancólica siempre fija en

el agua cristalina del arroyo y sus luengas barbas acariciaban la superficie tranquila de la tranquila corriente.

El niño prosiguió:

—Arturo y yo ha tres días que buscamos tu paradero. Arturo subió á la montaña y no ha bajado. Hay tantos precipicios allá arriba y tan profundos...

El viejo estremeciéndose, levantando los ojos hacia el niño, le miró con mirada llena de dolor.

—¿Sufres mucho, padre?

El padre guardó silencio.

—¿Porque no respondes?

El anciano abrió inmensamente la boca, vomitando una ola de sangre que llegó á teñir el agua límpida y serena del arroyo.

—Diego, Diego, sollozó el niño; la maldición de Dios pese sobre tí.

El anciano escribió con el dedo en la arena « Satán, Satán ».

—Diego al huir con madre, prendió fuego al hogar, dijo el niño. Arturo quería reñirle, pero madre castigó á Arturo, quien rompió á llorar.

De la garganta del anciano escapó un rugido. Miró al niño con mirada preñada de hondo sufrimiento.

—Miserable Diego, continuó el niño. No olvidaré tu blasfemia. Bien recuerdo tus palabras, aquellas palabras ponzoñosas que no pudieron envenenar mi fe. Al huir el perverso Diego me gritó: « Sabe que eres hijo de mis amores con la mujer de Carlos »...

Carlos, el anciano, se irguió de un salto.

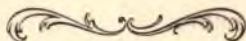
Su aspecto infundió temor al niño. Intentó huir. Tarde ya. El anciano con mano férrea lo suspendió en el espacio para dejarlo caer en el fondo del arroyo.

Luego permaneció de pié al borde de la barranca; sus barbas acariciaban de nuevo la corriente tranquila. Así fué sorprendido por la noche.

Al brillar la aurora del nuevo día, un árbol extraño hundía en el agua las puntas de sus ramas de color verde-oscuro.

Desde entonces, existen los sauces melancólicos, que inclinados hacia la superficie serena de los arroyos, besan las aguas como las barbas blancas del anciano de esta leyenda que oí contar cuando niño á la sombra de un sauce.

Daniel Herrera y Thode.



Fragmentos de un Canto

Para Arte.

A Daniel Martínez Vigil.

I

¿ Porque el dolor, con su robusta mano
Dentro mi ser se ceba?...

¿ Porque pujante, su pesar insano
Se adueña de mi alma

Y me sumerge en el terrible abismo
De la inacción más cruenta?...

¿ Y aherreojando mis sueños y esperanzas
Con su mordaz rudeza

Se da luz á mi senda
Con la luz sepulcral de la pereza?...

.....
¡ Todo duerme en mi ser... triste y marchito,
No estalla en vibraciones

¡ Ni surgen ya las bélicas canciones
Ni se remonta audaz al infinito
Mi fantasía llena de ambiciones!
¡ Ni lanza osado grito

La duda, que es la fe de los que piensan!...
¡ Triste me lleva porque si la suerte,
Sin que yo le interrogue,
Si me lleva á la vida, ó á la muerte!...

.....
¡ Extraño vegetar de la existencia:
De repente vibrando en tempestades
Con el ansia febril de la demencia,
Y... de pronto las torvas soledades
Sin fe, sin esperanzas sin consuelos,
Desmayando en la red de la impotencia!...

¡ Extraño vegetar... rudo sarcasmo
¡ De repente elevándose hasta el cielo,
Y de pronto sumisa y dolorida
Se doblega y se hunde en el marasmo!...

¡ Oh la existencia... rara nebulosa,
Llena de luz, y de misterios llena...

¡ Ya en un cielo sereno y venturosa,
Ya en medio de la calma, ó de la pena
Fulgurando mordaz ó desdeñosa!...

¿ Quien volcará tus velos
Dejando en descubierto tu misterio
Que se cierre terrible y pavoroso?
¿ El poeta?... imposible!...
¡ Si el poeta es como tu... ¡ es misterioso!
¿ El sabio con el hacha de su ciencia?
¿ El sabio? otro misterio indefinible!...
Jamás hallará meta
A sus sueños cuajados de visiones
Porque triunfa una vez, y otro imposible
Le cierra el paso cuando audaz lo reta!...

.....
.....

Agosto de 1909.

RICARDO POLLO DARRAQUE.

La verdadera filosofía

Metido, allí, en las lobregueces de un jardín soñoliento, y con la cabeza apoyada sobre un surtidor, soñaba un rimador melancólico, de enmarañada greña y con los ojos casi velados por las delicias de un sueño eterno, obra infernal del opio arrullador.

Soñaba, con un pobre peregrino; uno de esos tantos desgraciados á quienes la sociedad condena á seguir una senda extraviada; caminaba con su lira al hombro, aquella lira que había vibrado al cantar á las mujeres y á los placeres del mundo; pero ya no vibraría más, pues sus cuerdas estaban rotas, y su dueño la llevaba más como recuerdo de la primera etapa de su vida, que como compañera alegre y juguetona del poeta.

¿ Que pasaba?

Era que, aquel ferviente devoto de Apolo estaba decepcionado; no creía ya en el amor, ese delicioso néctar que embriaga á los hombres; ni en las mujeres esa fuente inspiradora de los poetas.

Se había transformado en un escéptico.

Marchaba el peregrino por un camino desierto; en los calientes rayos del sol, encontraba la razón de las teorías pesimistas de Shopenhauer; y en las piedras que se le aparecían veía las figuras de Spencer y de Hckel que le decían « en el mundo solo existe el dolor; el placer ha sido inventado por los rimadores, para hacer sus cantos más sentimentales ».

Y el peregrino cansado, se echaba á un lado del camino y soñaba. Sus sueños eran tan tristes como su filosofía.

El rimador de la lira desvencijada, entraba recelosamente en un vasto y regio jardín; las rosas acariciaban dulcemente su rostro, con sus pétalos aterciopeladas; los jacintos azules, llenaban su alma de recuerdos gratos, y las libélulas con su revoleteo acompasado, lo transportaban á una región ideal.

Por vez primera, aquel rimador, sintió crujir su lira rota. Se olvidó del materialismo, para volver á admirar la dulce melancolía de aquel jardín abandonado; aquel jardín que encontró, como valle infranqueable, en su carrera de escéptico.

Las viejas teorías de aquellos pesimistas, fueron olvidándose una tras otra; las figuras severas de Kant y Shopenhauer fueron también esfumándose y allí en aquella cabeza llena de ideas descabeiladas y falsas teorías, nació algo sublime, un algo que obligaba á aquel rimador á templar su lira para volver á cantar las bellezas del idealismo.

* * *

El canto de los pajarillos y el murmullo de las aguas de un surtidor lejano, sacaron al rimador de aquel extasis en que estaba sumido; abrió desmesuradamente sus ojos, miró á su redor, como para convenirse que aquello había sido un sueño, y luego mirando al sol que se perdía tras la arboleda del parque iluminándolo con sus últimos rayos de rojiza luz, dijo á media voz :}

Todos los hombres son como el poeta de la lira rota; escépticos hasta que no aman, cuando aman se transforman en cantores del idealismo.

.....

Marzo 1909.

JUAN JACINTO MUÑOZ.





Es apreciable el movimiento que tenemos en materia de diversiones, pues las hay para todos los gustos y bolsillos, desde el arte elevado hasta el espectáculo frívolo de pasatiempo.

* *

En el Urquiza la corta temporada por Le Bargy ha dado la nota en materia de arte, y la sala del teatro de moda ha tenido sus noches excepcionales, — ahora debuta la troupe Borelli, dramática italiana, que será una continuación de la anterior en materia de éxitos, pues la actriz Borelli, es de las artistas modernas que se destacan, tiene su nombre conquistado, y además el componente de la troupe está compuesto de excelentes intérpretes, aparte de que desarrollarán un repertorio modernísimo.

* *

En Solís transformado después de las obras que en él se han hecho está la Compañía Vitale, que como conjunto homogéneo es muy bueno, pues cuenta con artistas como la Morosini, la Toselli y la Imbimbo, y ofrece espectáculos muy variados dentro del repertorio de opereta y la great attraction de la semana han sido « El Paese del Oro » producción que aunque solo de efectos escénicos resulta muy interesante en sus detalles, y se ha visto favorecido por numerosa y selecta concurrencia.

Es un género que gusta y la corrección con que Vitale pone en escena las obras justifica la protección que se le dispensa. Terminada la serie de Vitale que será para la segunda quincena de este mes, tendremos ópera en Solís, una compañía que sin ser de primera, está compuesta de buenos elementos como la soprano Capella y el tenor Novi, ya conocidos ventajosamente; será ópera buena y barata.

En cuanto al género chico no hay que hablar: sigue en completo auge particularmente en el « Nacional » donde la Muela y Gomez Rosell, tienen camelado al público.



G. Morosini

Primera Dama de la compañía Vitale que actúa en Solís

El simpático Carrasco y la Barilaro, hacen las delicias de los amateurs del género, en el Coliseo Florida, y en Cibils está Enrique Gil, que parece haber encontrado un filón con el « Intendente » que lleva ya diez días en el cartel.

Para ver que el género chico gusta entre nosotros, está el ejemplo de estos tres teatros, y en particular el « Nacional » convertido en una « jauja » porque en segunda y tercera sección no hay que pensar en encontrar localidades pues se agotan todas las noches.

También el elemento que gusta de lo criollo, tiene donde solazarse, pues en el Politeama, ha debutado la Compañía de Podestá, que es especial en este género de interpretaciones, pues ya se sabe quien es « Pepino »;



J. Bertini

Primer actor de la compañía Vitale que actúa en Sclis

puede decirse el creador de la escena criolla que tantos éxitos ha obtenido entre nosotros.

Para los que buscan divertirse por poco dinero, está el **Moderno**, el **Royal**, y en particular el **Casino** que siempre mantiene la tradición para ofrecer un sin número de novedades atrayentes — y sino véase el programa que es un Kaledeiscopio hay de todo: Cantantes, Bailarinas, Acróbatas, Excéntricos, Machietistas, Filophonistas y una serie de números

á cual más interesante. Como espectáculo entretenido y económico indudablemente se recomienda el Casino como una especialidad ya consagrada.

* * *

Queda como término en materia de pasatiempos, la verdadera nube de salones de cinematógrafos: El Parlante, el Ideal, el París, etc, pero haciendo cumplida justicia el que se lleva la palma es el « Buckingham » de la calle 18 de Julio,—pues como vistas no se puede exigir más variedad y en cuanto á concurrencia son verdaderas reuniones sociales noche á noche, tal es el numeroso y selecto auditorio que llena el elegante salón en todas las secciones, siendo un éxito los matinees en los días festivos.

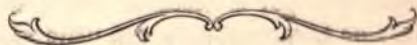


“El Regreso de Ulises”. Notable Film d'Art que se exhibe actualmente en el Buckingham

Se anuncia estos días la notables cintas de Film d'Art « El hombre de las Muñecas », « Trapacerías Conyugales » y « Flor Callejera ».

Conque hasta la próxima.

Suplentito.



Eleonora

(CONTINUACIÓN — VER EL NÚM. 1)

Por fin, un día me habló, llorosa, de la cruel transformación final que espera á la pobre humanidad; y desde entonces no pensó más que en este triste asunto, mezclándole en todos nuestros coloquios, así como en las canciones del bardo de Schiraz las mismas imágenes se presentan obstinadamente en cada variación de la frase. Eleonora había visto el dedo de la Muerte inclinarse hacia su seno, y como comprendía que su hermosura, como la del insectillo llamado efímera, había llegado á perfecta madurez para morir en seguida. Más para ella los terrores todos de la muerte se resumían en un pensamiento único que me reveló una tarde hacia el crepúsculo, junto á la ribera del río del Silencio. La cuitada se afligía, pensando que después de haberla enterrado en el valle del Césped Verde, yo abandonaría para siempre aquel feliz retiro y entregaría mi corazón, que entonces era tan apasionadamente suyo, á cualquier muchacha vulgar del mundo lejano. Yo, de vez en cuando, me arrojaba á los pies de Eleonora y ante ella y ante el cielo juraba que no contraería matrimonio con ninguna mujer de la tierra, que en ninguna ocasión sería infiel á su sagrada memoria ni al recuerdo de la ferviente afeción que me había tenido, é invocaba al Todopoderoso, soberano del universo, como testigo de la solemnidad piadosa de mi juramento, y la maldición con que les pedía que me confundiesen Dios y ella—cuando fuera una santa del cielo—si por acaso llegaba á ser perjuro, implicaba un castigo tan prodigiosamente horrendo, que no me atrevo á confiarlo al papel.

Al oír tales palabras, los rutilantes ojos de Eleonora brillaron con más vivo resplandor; suspiró como si hubiese descargado su pecho de un peso mortal; tembló y sollozó amargamente, pero aceptó mi juramento—¿que había de hacer si era una niña? Y mi juramento endulzó las amarguras de su agonía.

Pocos días después, al morir tranquilamente, me decía que, en premio á lo que yo había hecho por el descanso de su alma, ella velaría por mí en espíritu después de muerta y si le era lícito se me aparecería en las horas nocturnas; pero si este deseo no podía cumplirse por un alma bienaventurada del cielo, al menos sabría darme frecuentes señales de su presencia, suspirando en torno mío, envuelta en las brisas de la noche ó embalsamando el aire que yo respirara, con perfumes robados al incensario de los ángeles. Y con estas palabras en los labios acabó su inocente vida, y con ella la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado cuerdamente. Mas al pasar en el camino del tiempo esta valla que cerró la muerte de mi amada, según voy avanzando en el segundo período de mi existencia, siento que espesa nube se amontona en mi cerebro y llego á poner en duda la fidelidad de mi memoria.

Pero dejadme continuar.

Los años se arrastraron pesadamente uno á otro y yo seguía habi-tando el valle del Césped Verde. Más un nuevo cambio se notaba en todas las cosas. Las flores estrelladas se rehundieron en el tronco de los árboles y no volvieron á aparecer. Los colores de la verde alfombra de césped se mustiaron, y uno por uno perecieron los jasfodelos rojos como rubíes, y en su lugar salieron por docenas las violetas sombrías, semejantes á ojos calenturientos que penosamente parpadearan y siempre humedecidas con lágrimas de rocío. La vida se alejó de los senderos que holláramos y el gran flamenco ya no desplegó su plumaje escarlata, sino que huyó volando tristemente desde el valle á la montaña, con todos los alegres pájaros de encendidos colores que le acompañaron al venir. Y los peces de oro y plata nadaron, nadaron hacia la oculta garganta, huyeron por el extremo de nuestros dominios y no volvieron á embellecer el manso riachuelo. Y aquella música acariciadora, más dulce que el arpa de Eolo y que todo cuanto no fuese la voz de Eleonora, fué extinguiéndose y muriendo en murmullos, que se debilitaron gradualmente, hasta que el río volvió, en fin, completamente á la solemnidad de su primitivo silencio. Y finalmente, la pesada nube se levantó y dejando las crestas de los montes sumidas en las tinieblas de antaño, retrocedió hacia las regiones de Héspero y se llevó lejos del valle del Césped Verde, el espectáculo de su púrpurea magnificencia.

Sin embargo, Eleonora no había olvidado sus promesas, porque en torno mío no dejé de oír el balanceo de los angélicos incensarios y los efluvios del celestial perfume flotaban siempre, siempre al través del valle: y en las horas de soledad, cuando mi corazón palpitaba con fuerza; los vientos que oreaban mi frente llegaban cargados de dulces suspiros, murmullos confusos llenaban el aire por las noches, y una vez—¡oh! una vez tan solo—desperté de mi sueño, pesado como el sueño de la muerte, porque unos labios inmatereales habían rozado los míos.

Más, á pesar de esto, el vacío de mi corazón no se llenaba: estaba ansioso de aquel amor que le había inundado. A la larga, el valle, poblado por los recuerdos de Eleonora, se me hizo inhabitable y le abandoné para siempre en busca de las vanidades y triunfos tumultuosos del mundo.

.....

Me encontraba en una ciudad extranjera, donde todas las cosas parecían hechas para borrar de la memoria los dulces ensueños tanto tiempo acariciados en el valle del Césped Verde. La pompa y aparato de una corte imponente, el resonar bórico de las armas y la belleza espléndida de

las mujeres, todo deslumbraba y embriagaba mi cerebro; pero hasta entonces mi alma había permanecido fiel á sus juramentos y en las horas silenciosas de la noche, Eleonora seguía dándome señales de su presencia.

Súbitamente, estas apariciones cesaron y el mundo se ennegreció á mis ojos, y quedé espantado de los pensamientos ardorosos que me poseían, de las terribles tentaciones que me asediaban, porque lejos, de muy lejos, de no sé qué país desconocido, había llegado á la corte del rey á quién yo servía, una jóven cuya hermosura conquistó al punto mi corazón apóstata. Ante su altar me prosterné sin la menor resistencia, con la más ardiente y abyecta idolatría amorosa. ¿Qué era, á la verdad, mi pasión por la dulce niña del valle, en comparación con el fervor, el delirio y el éxtasis creciente de adoración en que se desbordaba mi alma llorosa á los piés de la etérea Ermengarda?—¡Oh brillante y seráfica Ermengarda!—exclamaba— y esta idea no dejaba lugar en mi ánimo á otra alguna. ¡Oh divina y angelical Ermengarda! Y cuando me hundía en la profundidad de sus ojos impregnados de nostalgia, no soñaba sino con ellos y con ella.

Me casé con ella sin temor á la maldición que había invocado.... no recibí la visita de su fantasma vengador. Y una vez, una vez tan solo, en el silencio de la noche, los dulces suspiros que me habían ya abandonado, entreabrieron las celosías de mi ventana y modulando una voz melodiosa y familiar, me dijeron:

—Duerme en paz, porque el espíritu de amor es el Soberano que gobierna y que juzga y al recibir en tu corazón apasionado á Ermengarda, estás relevado del juramento que hiciste á Eleonora, por motivos que te serán descubiertos aquí.... en el cielo.

Edgar Poe.





Arturo R. Si usted no lo toma á mal
 Por causas que yo bien sé
 Ese soneto á Mistral
 Jamás lo publicaré....

Enrique L. ¿Que la boca de su amada
 «Es idéntica á la estrella?»
 Lo galletea la bella
 Con semejante pavada....

Blas G.—No sirve.

Merluza.—A pesar de recordarnos sus versos la célebre crítica de Osés, demuestra Vd. en ellos, ser un hombre de chispa. ¿Por qué no envía algo formal? Le diría que Vd., como en una zarzuela española, prefiriere escribir en sirio que en serio....

S. L.—Bonito pero vulgar. Adán se lo recitó á Eva, en su primer inspiración.

Pedro I.—Falta de espacio nos obliga á retener sus sonetos. Irán en próximo número.

Fernando C. R.—Muy bonitos. Irán. Llegaron tarde.

Alberto Steell.

Notas de la Redacción

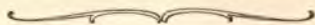
José María Serrano, el simpático Serrano, tiene hoy un nuevo compañero de tareas: el talentoso bachiller Carlos A. Berro.

En una visita, que hemos hecho, á la librería de la Universidad, hemos podido apreciar en sus dueños una *única* especialidad para la elección de los libros. Nuestras sinceras felicitaciones, y nuestros sinceros deseos de que encuentren en nuestro ambiente librero todo el apoyo que merecen.

Periódicos recibidos

Bohemia. — Hemos recibido el número XVIII de esta interesante revista. Trae interesante material de lectura y ofrece para el número próximo, un número extraordinario que constará de doble ó triple cantidad de páginas, en homenaje al primer aniversario de su fundación.

El Fogón. — Acusamos recibo del simpático «Fogón» y le prometemos ayudarlo en la campaña que entablará, haciendo carne la idea de «Arte», á favor del impuesto á las revistas extranjeras.



¿HA FUMADO CIGARRILLOS SARANDÌ?

PINCELES * CEPILLOS * PLUMEROS

GRANDES SURTIDOS

SE FABRICAN CEPILLOS PARA TODA CLASE DE MÁQUINAS É INDUSTRIAS

B. A. Larghero é hijos

25 DE MAYO, 484

Montevideo

“LACTARIS”

DA LECHE Á LAS MADRES QUE CRIAN

VENTA en las FARMACIAS
á cincuenta centésimos el tarro.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL

Por un mes	\$	0.20
Por un trimestre	"	0.60
Por un año	"	2.40
Número suelto	"	0.10

EN CAMPAÑA

Por un mes	\$	0.25
Por un trimestre	"	0.75
Por un año	"	3. —

Número atrasado.	\$	0.20
--------------------------	----	------

A V I S O

Las colaboraciones deben enviarse á esta Redacción bajo sobre. — No se devuelven los originales.

Por avisos, etc., dirigirse al Administrador, de 5 á 7 p. m.